

operaciones ⁽¹⁾: llamóse desde entonces Gracchuris, hoy Agreda. Prorogó el senado por un año mas la pretura del padre de los Gracos, que á favor de su sistema blando y suave para con los pueblos de España hizo esfuerzos para comunicarles y hacerles aceptar los principios é ideas de la vida civil de los romanos, é introducir en ellos una forma de gobierno y de administracion semejante á la de Roma. Pero faltóle tiempo para que su ensayo pudiera producir fruto, y el buen nombre que sus gestiones comenzaban á restituir á la república borráronle otra vez sus sucesores, que volvieron al camino de las violencias y de los excesos.

Distinguióse entre ellos el que en 475 vino de pretor á la Tarraconense. Este hombre que á su incapacidad unia la avaricia mas sórdida, excedió á todos sus antecesores en las exacciones, en las estafas y en los robos. Llamábase Publio Furio Philon. Una sublevacion general de los pueblos fué la consecuencia de su desatentado proceder; sublevacion que alarmó á Roma, y la obligó á enviar á Appio Claudio con el título de procónsul y el encargo de apagar un fuego que se mostraba tan amenazador. Claudio logró en efecto aquietar, al menos en apariencia, á los cien veces alterados celtiberos, vencidos muchas veces y sujetos nunca.

(1) *Monumentum suorum operum Gracchurim oppidum in Hispania constituit: dice Tit. Liv.*

Tantas y tan continuas insurrecciones llegaron al fin á convencer á muchos romanos de que la causa no era precisamente el espíritu turbulento de estos pueblos, sino la conducta opresora y tiránica de los pretores. En la misma Roma llegó á formarse un partido generoso en favor de los españoles oprimidos. Escipion el Africano y Caton el Censor abogaron por ellos en el senado. No fueron inútiles los esfuerzos de tan enérgicos defensores. Aboliéronse las preturas, y se confió á un procónsul ó propretor el mando supremo de la Península, que lo fué entonces Lucio Canuleyo. Los pretores que habian provocado la justa cólera de los pueblos fueron procesados: una diputacion de las principales ciudades de España que más habian sufrido pasó á Roma á pedir contra los acusados: ruidoso fué el proceso; públicos y notorios eran los crímenes; pero los pretores fueron absueltos: ¡tanto pudo todavía la intriga y el oro! Aquel Furio Philon, concusionario y ladron público, contra quien además se hicieron cargos tan graves que indignaron al senado, corrompido como ya estaba, no se atrevió á comparecer; por miedo, mas que por pudor acaso, se alejó espontáneamente donde pudiera gozar el fruto de sus rapiñas (474). Otro tanto hizo Matinio, pretor que habia sido en la España Ulterior ⁽¹⁾.

Pero no fué inútil para España la publicidad de

(1) Tit. Liv. lib. XLIII., c. 2.

este proceso, ni infructuosos para ella los esfuerzos de los hombres honrados de la república. Además de la abolición de las preturas, se suprimió el derecho que tenían los magistrados romanos de obligar á los españoles á venderles la veintena de todo el trigo al precio que ellos les fijaban, que siempre era tan ínfimo como se puede imaginar, y cuyo monopolio era una de las fuentes de las riquezas de aquellos explotadores. Dióse también á los indígenas el derecho de fijar por sí mismos las cuotas de los impuestos. Primeras concesiones que el valor heroico de los españoles arrancó á los romanos.

Otra embajada de bien estraña naturaleza llegó por aquel tiempo de España á Roma. Del trato de los soldados romanos con las mugeres españolas, cuyos matrimonios prohibia el derecho latino, habian resultado mas de cuatro mil nacimientos. Los hijos de aquellos connubios ilegítimos solicitaron de Roma que como á hijos de romanos se les concediese una ciudad y tierras que habitar bajo la proteccion de las leyes de la república. El senado acogió su demanda, y concedió á los que de ellos estuviesen manumitidos la ciudad de Carteya junto al estrecho de Gibraltar. Primera colonia romana que se fundó en territorio español, y que por la clase de sus habitantes se llamó Colonia de los Libertinos ⁽¹⁾.

(1) Liv. *ibid.* c. 5.

El camino se habia abierto; y á los dos años, bajo el gobierno de Marco Claudio Marcelo, que habia sucedido á Canuleyo, se estableció en Córdoba otra segunda colonia (169), que luego se llamó Patricia, ó Colonia de los Patricios; porque embellecida con todo el refinamiento del lujo y de las artes, y circundada de casas de recreo, á que la naturaleza de su terreno y de su bello clima se prestaban maravillosamente, llegó á ser residencia de los mas nobles patricios romanos.

Pero aun estaba lejana la época en que los ricos y voluptuosos romanos pudieran prometerse vivir con reposo en el fecundo suelo español. Restablecidas para mal de todos á los cuatro años las odiosas preturas, renováronse también con mas furor las sublevaciones y las guerras de parte de estos indomables habitantes. Era una cadena casi no interrumpida de porfiadas luchas, por ambas partes con varia fortuna sostenidas, cuadro monótono de horrores, de ferocidad, de desolacion y ruina, en que se veia de un lado un pueblo belicoso y noble, que engañado muchas veces y siempre explotado, se esforzaba por recobrar su independencia perdida, y de otra parte un pueblo obstinado en subyugarle por la fuerza, y que no obstante su superior civilización aventajaba en barbárie y ferocidad á aquellos mismos que llamaba bárbaros. Muchos españoles perecian en esta heroica contienda: Roma compraba también con la sangre de sus guerreros el

oro que sacaba de España. No fatigaremos nosotros al lector con las relaciones de tantas batallas como llenan las columnas de Livio, de Appiano, de Polibio, de Floro y de otros historiadores latinos. Muchas fueron las que ensangrentaron los campos españoles, sin que ni los romanos lograran dominar mas terreno que el que con sus plantas pisaban, ni los españoles aflojaran un punto en su tenaz resistencia.

Aunque el defecto capital de los indígenas en esta lucha de independencia era el aislamiento con que cada comarca ó region por sí la sostenia, vióse en el año 154 formarse una gran confederacion entre las naciones mas enérgicas, resueltas y fogosas, celtiberos, vaccéos, arevacos y lusitanos, cuya general conjuracion asustó ya á Roma, y la obligó nombrar anticipadamente cónsules para el año entrante (costumbre solo usada en los lances apretados), y á enviar á Quinto Fulvio Nobilior con treinta mil hombres de las mejores tropas de la república, y con el gobierno de las dos provincias de España. Ni el cónsul ni su refuerzo intimidaron á los españoles. Esperáronle los celtiberos en una emboscada no lejos de Numancia, y acuchillaron las legiones consulares. El intrépido caudillo español, nombrado Carus, murió gloriosamente en la pelea (153). Habiendo llegado á poco tiempo trescientos caballos númerados y diez elefantes, que desde Africa enviaba á Fulvio aquel Masinisa, aliado tan constante de los romanos, parecióle llegado

el momento de tentar otro ataque, y fiado en el poder de sus elefantes se aproximó á Numancia, donde se habian retirado los españoles. Aqui tambien quedó derrotado el orgulloso cónsul: hasta los elefantes se volvieron contra él desordenando sus filas. Cuatro mil romanos y tres elefantes quedaron en el campo de batalla (1).

No conociendo Fulvio el pais, recorríalo aturdido, no encontrando en él sino enemigos: desertábanse los españoles que obligados seguian sus banderas; humílabale la resistencia que encontraba en las ciudades; la de Occilis, depósito de armas y municiones de los romanos, abrazó la causa de sus compatriotas; agoviábanle el frio del invierno y la falta de provisiones; esperaba socorros y no venian. En tal situacion redújose á guarecerse en los atrincheramientos que habia levantado á algunas millas de Numancia, donde los españoles, conocedores del terreno y diestros en la guerra de montaña, no dejaban de molestarle continuamente,

Entretanto hacíase en la Lusitania una guerra mortífera. Sosteníala con fortuna varia el pretor

(1) Cuéntase que habiendo soltado Fulvio los elefantes, se precipitaron bruscamente sobre las filas de los españoles. A la vista de aquellas enormes masas vivientes, espantáronse los celtiberos y diéronse á huir. Repusieronse luego, y habiendo un soldado acertado á herir con una piedra á uno de aquellos animales guerreros, revolvió furioso contra los romanos, siguieron los demas su ejemplo, y convertidos los elefantes de Masinisa de auxiliares en enemigos, desordenaron, atropellaron é hicieron correr las legiones romanas.

Munmio: por uno y otro lado solia ser horrible la matanza: en un encuentro murieron diez mil romanos; en otro sucumbió el caudillo lusitano Cessaron con muchos españoles. No se daba vagar á la pelea.

Habiendo al año siguiente (152) reemplazado á Fulvio en el gobierno de la España Citerior el cónsul Marco Claudio Marcelo, recobró á Occilis, que creemos sea Medinaceli. Dirigióse luego á Nertobriga (hoy Ricla), cuya ciudad envió diputados al cónsul para tratar de acomodamientos. Mas rotas las condiciones de la primera negociacion, y no pudiéndose concertar sobre las que de una y otra parte se exigian para la segunda, concedióles el cónsul una tregua, durante la cual pudiesen acudir al senado romano. Expusieron allí el objeto de su mision los legados de España, pero merced á las declamaciones de Fulvio, que en su humillada altivez representó como perfidias los ardidés de guerra que tan funestos le habian sido en este suelo, no alcanzaron otra contestacion del senado sino que á su regreso á España se les haria conocer su voluntad por conducto del cónsul. Pene-traron bien los españoles, aunque rústicos, lo que aquel lenguaje significaba, y tornáronse resueltos á proseguir la guerra ⁽¹⁾. No sabemos cómo ni por qué enmudecería en aquella ocasion el partido español del senado.

(1) Appian. De Bell. Hisp.

Alzóse bandera en Roma para reclutar legiones de los que voluntariamente quisiesen alistarse para la guerra de España. Nadie se presentó á inscribir su nombre. Repugnaba la juventud romana venir á pelear con los fieros celtiberos. Como sepulcro de romanos era mirada esta tierra, y los soldados de Fulvio que acababan de volver de ella no hacian sino aumentar el pavor que ya inspiraba, contando y pregonando las fatigas y privaciones, los sustos y trabajos, los muchos peligros y reveses y el ningun reposo que ellos aqui experimentado habian con gente tan indómita y tenaz como era la de España. El mismo cónsul Lúculo, nombrado para el gobierno de esta provincia, andaba desesperado de no encontrar tribunos que quisieran seguirle. Presentóse en esto el jóven Escipion Emiliano, que correspondiendo al nombre glorioso de la ilustre familia que le habia adoptado ⁽¹⁾, pidió servir en la guerra de España en cualquier puesto que al senado le pluguiese señalarle. La inesperada resolucion de este jóven, parecida á la que en una ocasion semejante habia tomado setenta años hacía su abuelo adoptivo, produjo un cambio súbito en los ánimos de aquella desalentada juventud,

(1) Era hijo de Paulo Emilio y nieta adoptivo del grande Escipion. Estábale reservada la gloria de tomar y destruir á Cartago, por lo que recibió tambien como su abuelo el sobrenombre de *Africa-* no. ¡Destino singular de aquella ciudad famosa! Un Escipion la venció, y otro Escipion la borró de sobre la haz de la tierra, dejando solo un título de gloria á los dos Escipiones.

que con esto se apresuró á alistarse en la legion voluntaria.

Vino, pues, el cónsul Lúculo á la España Citerior, trayendo consigo como lugar teniente á Escipion Emiliano, y el gobierno de la Ulterior se encomendó en calidad de pretor á Sergio Galba. Llegaron estos en ocasion que Marcelo habia hecho paz con los numantinos, á con dicion de que se separasen de los titios, belos y are vacos; y en que el pretor Atilio habia destruido muchas ciudades de la Lusitania.

En la historia de los dos nuevos personajes vamos á ver hasta qué punto llegó la crueldad de los gobernadores romanos, y con cuánta razon y justicia se apuró el sufrimiento de los españoles.

Penetra Lúculo apresuradamente en la Carpetania, pasa el Tajo, y pone sitio á Cauca (hoy Cöca, en la provincia de Segovia), ciudad que tenia fama de rica. Esto iba buscando Lúculo, que era hombre sin fortuna, y venia á vido de hacerla. Vencedores los cauceos en un encuentro, fueron en otro deshechos y obligados á aceptar la paz. Entregados los rehenes y socorros en ella estipulados, y admitida en la ciudad guarnicion romana, descansaban los sencillos habitantes tranquilos y confiados, cuando á una señal dada se arrojan sobre ellos los soldados de Lúculo; y degüellan bárbaramente á aquellos descuidados é indefensos moradores, sin perdonar edad ni sexo, dando el codicioso cónsul la última mano al horroroso cuadro con

un saqueo general que ordenó, desconfiando sin duda de poder saciar de otro modo la sed de riquezas que le abrasaba. Aterrados los pueblos vecinos con tamaña crueldad y alevosía, abandonaron sus hogares y retiráronse á las ásperas sierras con sus mugeres y sus hijos, entregando antes á las llamas todo lo que no pudieran llevar á sus rústicas guaridas. La fé romana podia muy bien disputar la primacia á la fé púnica ⁽¹⁾.

Puesto despues sobre Intercacia, y requeridos sus moradores para que bajo ciertas condiciones se rindiesen, «no, le respondieron con dignidad; para admitir vuestras proposiciones, sería menester que no hubiera llegado á nuestra noticia la prueba de vuestra buena fé que acabais de dar á los de Cauca.» Largamente se prolongó el sitio de Intercacia, sin que ni ingenios ni asaltos fueron poderosos á rendirla; sitiados y sitiadores llegaron á verse en gran necesidad y penuria; y cuando ya el extremo del hambre forzó á los cercados á capitular, ayiniéronse á hacerlo solo bajo la fé de Escipion, teniendo que devorar el cónsul en silencio dos grandes mortificaciones; la una, la de no poder recoger el botin que codiciaba y con que acaso se habia ya linsonjeado; y la otra, la del menosprecio en que su palabra era tenida, no fiándose de ella los pueblos, ni queriendo pactar con él, no

(1) Appian. ibid.

obstante su investidura de gefe y de cónsul ⁽¹⁾.

Allá iba el avaro Lúculo donde calculaba que habia riquezas que adquirir. Dirigióse, estimulado de este aguijon, á Pallancia (hoy Palencia), y puso cerco á la ciudad. Pero los cántabros por una parte, la caballería palentina por otro, obligaron al cónsul á levantar apresuradamente el sitio, no sin molestar su retaguardia hasta el Duero. Lúculo, pobre y avariento, desesperado de no hallar donde satisfacer su codicia, fué asolando el país por donde pasaba, y del pillage que sus tropas ejercian y á que las excitaba él mismo, se hacia aplicar á sí la parte mas pingüe. Hizo execrable su nombre, y entre las maldiciones de los pueblos, prosiguió su correría hasta la Turdetania (154).

Con no menos monstruosa crueldad y con no menor perfidia se estaba conduciendo el pretor Galba en la region lusitana. Penetrado de que con el sistema hasta entonces empleado ni las insurrecciones se apagaban ni Roma adelantaba en su conquista, fingió haber comprendido la causa de tantas inquietudes, y mostróse conmovido de la suerte de los lusitanos. Di-

(1) Otro caso de combate personal se cuenta haber acaecido durante el asedio de Intercacia. Refiérese que un español principal, que se señalaba por su alta talla y corpulencia, se presentaba muchas veces delante del campo enemigo, provocando á duelo á los caballeros romanos. Nadie, dicen, aceptaba el reto. Decidióse entonces Escipion Emiliano á admitir el combate, y como fuese Escipion de corta estatura y hubiese vencido al español corpulento, dejó, añaden, grandemente maravillados á romanos y españoles.

joles que estaba pronto á remediar sus necesidades; que les daría tierras de cultivo, donde podrian vivir tranquila y holgadamente, dedicados á las labores de la agricultura: y hablóles con tal aire de sinceridad (que él tenia mas de orador que de humano), que aquellas gentes tan sencillas como fieras dieron completa fé á sus buenas palabras. Mas apenas se habian establecido en los pagos y barriadas que les señaló para entregarse á las pacíficas faenas del campo, con inaudita alevosía cayó con su gente sobre los descuidados cultivadores, y ejecutó en ellos horrible y bárbara matanza. Los que no degolló vendió por esclavos. Salváronse pocos, pero los suficientes para pregonar la traicion por el país y acabar de hacer execrable el nombre romano ⁽¹⁾. Las consecuencias las veremos despues.

¿Podria creerse lo que luego pasó en Roma con estos dos monstruos, Lúculo y Galba? Fenecido el tiempo de su gobierno, pasaron á Roma estos dos detestables personajes, tan cargados de riquezas como lo iban de infamia. Lúculo tuvo la impudencia de erigir un templo á la *Felicidad*. Galba fué acusado ante el senado. El severo Caton, que aunque octogenario ya, conservaba toda su antigua rigidez, acusó tambien al malvado pretor ⁽²⁾. Pero Galba era rico, y quedó

(1) App. De Bell. Hisp. *malorum, Galbam octogenarius*
(2) *Caton... acusatorem assiduus accusavit.* Aurél. Vict. in Cat.

absuelto. A tal grado de corrupcion habia venido el senado romano.

Sin embargo, nunca eran infructuosos estos procesos públicos para España. Aun habia romanos virtuosos: y á los escándalos en esta acusacion descubiertos, se debió la ley que acertó á arrancar el tribuno del pueblo Calpurnio Pison, por la cual se daba á las ciudades sujetas ó aliadas de Roma el derecho de denunciar los excesos de sus magistrados, y de reclamar ante el senado la devolucion de las sumas que indebida y arbitrariamente les exigiesen. Ley justa y reparadora, que algun coto puso á la rapacidad de los avaros pretores.

Veamos las consecuencias que en España produjo la alevosa y sangrienta ejecucion de Galba.

CAPITULO II.

VIRIATO.

Desde 150 antes de J. C. á 140.

Quién era Viriato.—Lo que le movió á salir á campaña.—Eligenle por gefe los lusitanos.—Burla al pretor Vetilio.—Primer ardid de guerra.—Derrota y muerte del pretor.—Otros triunfos de Viriato.—Condúcese ya con la prudencia de un consumado general.—Vence á otros dos pretores.—El cónsul Fábio Máximo Emiliano.—Vicisitudes de la guerra.—El cónsul Metelo.—El cónsul Serviliano.—Singular táctica de Viriato.—Ofrece la paz al cónsul cuando le tenia vencido.—Paz entre Roma y Viriato.—El cónsul Cepion.—Escandalosa violacion del tratado, y renovacion de la guerra.—Muere Viriato traicionadamente asesinado.—Carácter y virtudes de este héroe.—Sométense los lusitanos.

Entre los pocos lusitanos que habian logrado escapar de la matanza villanamente ordenada por el pretor Galba, hallábase un hombre de complexion recia, de corazon grande, y de un alma tan elevada quanto era su condicion humilde, por que habia sido pastor de oficio. Este hombre se llamaba Viriato.

Habianse derramado por el pais él y los demas que milagrosamente salvaron la vida, pregonando la infame traicion de que habian sido víctimas tantos millares de compañeros suyos, y excitando á un le-